

La mejor de las historias posibles¹.

Arturo Chavolla
Depto. de Filosofía UdeG

El tren del progreso se ha detenido. Ha llegado, por fin, a su última estación. En el cambio quedaron atrás curvas, cuestas, desviaciones engañosas y demás obstáculos que parecían perderlo o retrasarlo. Después de pasar enormes vicisitudes históricas, múltiples problemas sociales, infinidad de vericuetos tecnológicos, la humanidad ha encontrado, por fin, un sistema económico y una organización social ideal: la democracia liberal.

El siglo XX comenzó con una enorme confianza en la razón; se pensaba que basándose en el orden y la planeación se resolverían todos los problemas sociales y económicos de la humanidad. A partir de este postulado surgieron las tres grandes ideologías que marcaron el rumbo histórico del planeta: el liberalismo, el fascismo y el comunismo.

A la vuelta del siglo la situación es muy diferente. El siglo pasado, se nos dice, finalizó, no con la convergencia entre socialismo y capitalismo, como muchos pregonaron, sino con el fin de las ideologías y el triunfo definitivo del liberalismo económico y político. Si se admite que tanto el fascismo, con la derrota militar, como el comunismo, con su derrumbe, están rebasados por la historia, ¿qué otra forma de ideología alternativa queda? Dicho de otra manera, no hay ya ninguna forma concurrente de organización social que pueda competir ahora con el liberalismo.

Así pues, el triunfo de “Occidente” se comprueba, en primer lugar, con el hecho de que todo sistema social alternativo al liberalismo económico ha sido totalmente desacreditado en la práctica: tanto el fascismo como el comunismo han fracasado. A partir de los sucesos que se desarrollaron en los países del este de Europa a finales de los ochenta, los ideólogos del capitalismo ven esto como un signo de que sus valores toman un carácter verdaderamente universal. Después de la frustración, previsible por cierto, de cada una de las alternativas antepuestas al desarrollo capitalista, la cultura posmoderna ha decretado el triunfo del capitalismo.

¹ Texto leído en el V Banquete de Fil-o-Sofía, en el marco de la FIL, Guadalajara.

Aún más, a lo que nosotros asistimos no es el fin de la guerra fría ni a una fase particular del desarrollo social, sino al Fin de la Historia como tal, al punto final de la evolución ideológica de la humanidad y a la universalización de la democracia liberal occidental como forma final del gobierno humano.

El mundo occidental es concebido así como un solo proceso, el cual conduce de un antiguo régimen (que parte con la Revolución inglesa de 1715, pasa por Francia en 1880, por Alemania en 1945, por España en 1975, por Rusia en 1989) hacia un nuevo régimen, al cual aspiran todos los hombres (la democracia liberal), la cual tiende a consolidarse por todo el mundo.

Aunque si bien es cierto que en el nuevo régimen se siguen presentando conflictos y desajustes, esta serie de postulados no descartan el hecho de que se generen situaciones sociales explosivas, pero más bien ello se debe a que el triunfo del liberalismo se produjo primero en el dominio de las ideas, para de ahí trasladarse al mundo real.

Esa es la otra tesis de este discurso. Se pregona que si bien el liberalismo no ha ganado aún todas las batallas, sí ha ganado la principal: la de las ideas. Existe entonces el triunfo en el terreno intelectual. Para ellos, la idea liberal tiende a ser, a nivel planetario, un hecho psicológico. Desde Rusia hasta China, pasando por Latinoamérica y el sur de Asia, todas las esperanzas y deseos se vuelcan hacia el modelo occidental.

Las contradicciones internas existen en el liberalismo, es cierto, pero esto no es más que una etapa temporal en el medio del desarrollo mismo de este tipo de organización, que terminará por sobrellevarlas y subsanarlas. Al final, esta idea gobernará al mundo entero. El triunfo económico del liberalismo en la posguerra, el ascenso de los países industrializados de Asia, así como el derrumbe del comunismo confirman estas hipótesis.

La historia universal desemboca, pues, en el liberalismo, siendo ésta la mejor de las historias posibles. Con el Fin de la Historia, ésta deja de tener situaciones nuevas, conflictivas, para ser un desarrollo totalmente homogéneo y tranquilo, planificado.

Estamos también frente al fin de las ideologías, ya que la lucha por los valores, la disposición de arriesgar la vida por una causa puramente abstracta, el combate intelectual, el coraje o la imaginación, todo esto será suplantado paulatinamente por el cálculo económico, la búsqueda constante de soluciones técnicas, las preocupaciones relativas a la ecología y a la satisfacción de las necesidades de los consumidores.

En la etapa “poshistórica”, caracterizada por la victoria del capitalismo, el cual se define como un triunfo de la humanidad completa, de la democracia universal y de la cabal realización de la justicia, nos encontramos con un mundo totalmente desmitificado, real y concreto, ya que al final de la historia, el hombre ha tomado conciencia de que todas las luchas y todos los ideales sirven sólo para satisfacer las exigencias de animalidad y violencia que en él existen.

Por primera vez no hay contradicciones esenciales entre nuestra razón y nuestros deberes: el mundo se ha convertido en una organización estructurada racionalmente. El liberalismo ha ganado, el fascismo fue derrotado en la guerra, el comunismo se derrumbó, significando esto la victoria de la democracia liberal y de la sociedad de consumo. Así pues, el fin de la guerra fría representa la consolidación de una sociedad liberal, y su desarrollo implica la consolidación de un régimen con carácter universal: tendremos capitalismo para la eternidad.

Ahora bien, como si fuera un obstáculo peligroso, los ideólogos del liberalismo se adelantan a una objeción probablemente pensando que es la más delicada. Se podría afirmar, nos dicen, que existe un sinnúmero de países que están muy lejos de alcanzar un nivel de desarrollo como el de los países “occidentales”. Ciertamente, pero en el “Fin de la Historia”, no es necesario que todas las sociedades sean sociedades liberales consagradas, basta con que se renuncie a la pretensión de representar formas diferentes o superiores de organización humana. Lo importante es el tomar conciencia del hecho de que estamos ya del otro lado de la historia, que la humanidad posee las directrices que hacen posible la organización mundial.

Mercado común, desarrollo industrial, liberalismo económico, he ahí las características del Estado homogéneo universal. Dichos cambios se producirían primero en los países que ya han llegado al fin de la historia para de ahí trasladarse, poco a poco, al resto de la humanidad, siempre en el marco del liberalismo económico.

Así pues, actualmente el mundo está dividido en dos partes: el que está aún en el proceso histórico y el otro que ya es poshistórico. Los conflictos sociales o los enfrentamientos entre los Estados son posibles aun entre los primeros, existiendo en ellos un cierto nivel de violencia social, puesto que se trata de sociedades que aún no están totalmente configuradas, pero conforme estos Estados se acerquen al Fin de la Historia, los conflictos de este tipo tenderán a desaparecer.

Tenemos así, naciones que no han llegado aún a la modernidad, ya sea porque se han estancado en los diversos nacionalismos o en el integrismo religioso; en otros, el desarrollo industrial no ha concretizado; en algunas más no encuentran una pronta salida a los conflictos sociales; pero todo esto no es más que cuestión de tiempo, puesto que la expansión del liberalismo irá cubriendo paulatinamente todas estas necesidades.

Hay pues dos campos perfectamente limitados. Por un lado, una serie de países “poshistóricos”, que se reconocen por tener las siguientes características: democracia liberal, economía de mercado, renunciación a la fuerza para arreglar las diferencias entre los estados, paz interna y orden social. Por otro, un mosaico de países situados aún en la historia, los cuales tienen precisamente las características inversas: no hay democracia liberal, ausencia de economía de mercado, aún existen entre ellos la convicción de que la fuerza soluciona los conflictos entre estados, tanto al exterior como al interior.

Igualmente, los rechazos a la forma de organización social postulada por el liberalismo nunca se han originado en un país con “democracia terminada”, sino que siempre han surgido en aquellos que no han alcanzado este tipo de evolución. Conforme los Estados se vuelvan más desarrollados y más civilizados, se volverán también más pacíficos.

Visiones apocalípticas de este género han existido siempre en la imaginación de los profetas desde Joaquín de Flore, o de constructores de sistemas historicistas que ven a la humanidad como un grupo de seres que deben trabajar y sufrir a fin de llegar a una especie de suma social, en la cual el hombre se encontrará totalmente inmóvil contemplando su propia obra. Hegel, Marx, Comte, son claros ejemplos de esto; los tres previeron una apacible estación final de la azarosa vía del tren de la historia, pero una vez llegado al final, la humanidad podrá reponerse de su cansancio y verá su felicidad asegurada eternamente en el restaurante de la estación. La ilusión profética, mezclando las contradicciones, apuesta por un fin de la historia donde la felicidad y desdicha, riqueza y pobreza, se unan en una conclusión que salvará al hombre de la desolación.

La utopía no es nueva. Ella reitera con insistencia el tema del milenarismo que, iniciándose en el cristianismo, se prolonga hasta nuestros días. La idea de un “Fin de la Historia” desde Hegel, y aún más atrás, ha pregonado que los sucesos sociales tienen como meta una organización particular.

Sin embargo, esta propuesta posmoderna tiene dos novedades. Por un lado, la afirmación de que el liberalismo occidental ha triunfado sobre cada una de las alternativas históricas que le hicieron frente. Así, primero el fascismo y después el comunismo, han salido de la escena histórica debido a que no pudieron representar una alternativa real a la organización de tipo liberal del Estado. A partir de ahí, se pregona que la democracia liberal saldrá victoriosa en todas partes. Actualmente ya lo es en el mundo occidental y, muy particularmente en el oriente de Europa, signo revelador. Para ellos, esta victoria del bien sobre el mal, que se va a llevar a cabo irremediamente, es prueba de que nos acercamos al fin de la historia. Por otro, esta propuesta afirma que las consecuencias de la victoria del liberalismo, que la situación final, no resulta ser totalmente satisfactoria, ni aun para los mismos autores, por lo que hay que resignarse a vivir con las deficiencias.

Todos los conflictos serán ahora arbitrados y deliberados. La libertad de empresa asegurará el equilibrio de las sociedades y de los consumidores, que razonablemente se pondrán de acuerdo entre ellos gracias a un manejo del presente y a una previsión del futuro, igualmente racionales. La

convivencia entre la ciencia y el mercado relegará finalmente a la ideología y a la guerra. Tal es la gran utopía liberal del fin de la historia. Pero frente a la pobreza radical, al racismo o la desigualdad entre naciones, poco o nada se podrá hacer. Lo especial es que esta utopía igualitaria propone un fin de la historia que tiene como marco una petición de resignación y el rechazo a un resultado perfecto. Estamos destinados a pasar una eternidad de felicidad en el único hotel de la estación.

Ahora bien, que el liberalismo haya durado más tiempo que las ideologías totalitarias del siglo XX y que se hayan consolidado mejor, resulta incontestable. El fascismo no fue más que la radicalización de un nacionalismo romántico que fracasó estrepitosamente en la guerra; el comunismo, aunque poseía una ideología más elaborada, no logró conjuntar realidad con deseos, perdiéndose en las ilusiones. Sí, esto es claro, lo que ya no parece tan claro es que el pregonado triunfo del liberalismo nos asegure capitalismo para la eternidad.

En primer lugar, parece olvidarse que el resurgimiento de las ideas es siempre posible. Un conjunto de ideas o una ideología puede dejar el escenario de la historia por algún tiempo, para renacer posteriormente con más fuerza. En segundo, el hecho de que la democracia liberal sea universalmente aceptada en este momento, no excluye la posibilidad de conflictos aun en el eco mismo del liberalismo. Toda la historia de las ideologías es una historia de fracciones. Los combates de aquéllos que profesan versiones diferentes de un mismo pensamiento son continuamente más intensos que las luchas de aquéllos que profesan una ideología diferente. Además, el triunfo de una ideología no impide necesariamente el surgimiento de nuevas ideologías.

Por otro lado, esta visión del mundo pregona que un número considerable de naciones ha llegado o está por llegar al Fin de la historia, pero el conjunto de estas sociedades no representa más de una cuarta parte de la población mundial. Para el resto, se siente la impresión de que no tienen igual importancia, reservándoseles el azaroso camino de llegar por cuenta propia al "Fin de la historia". Así, para la gran mayoría de los pasajeros del tren, la realidad es otra. La verdad es que la explotación de unos hombres por otros no sólo continúa, sino que es abrumadora. Aún más, su imposición es clara:

hacia el exterior, por la extracción de capital de un Estado a otro; hacia el interior, por la sujeción económica de los trabajadores a través de una explotación sistemática. Esto es una cuestión de hecho.

Armada de un optimismo a toda prueba, esta teoría nos enseña que el mundo está destinado a organizarse en el esquema demoliberal, pero olvida que este tipo de planteamientos no son más que montajes conceptuales de una frustración o de un fantasma, de una nostalgia o de una esperanza. Resulta ser finalmente la construcción racional de una ideología.

Se postula que el liberalismo avanza, como si fueran vasos comunicantes, como si no hubiese cuestiones por resolver, como si no existiese el tráfico de armas, el terrorismo de estado o el traslado de capital o la explotación del hombre por el hombre. Parece ser que para esta teoría, el hambre y las guerras, los conflictos y el racismo, el fanatismo y el integrista, la esclavitud y la compra-venta de niños, el narcotráfico o el terrorismo de estado, no son más que pequeños detalles en el proceso histórico, que conviene dejar al “Tercer Mundo” condenado, según esto, a permanecer aún por un tiempo en el camino hacia el Fin de la Historia. No, no es con unas líneas bien escritas que se desaparecen el racismo, la explotación o tráfico de influencias.

Igualmente, esta tesis se suma a otras tantas que han pregonado que el sistema social en el cual surgen es necesariamente el mejor de todos. Pero cuando los postulados son explicitados claramente, éstos revelan errores fundamentales: por un lado, se exagera la previsibilidad de la historia y la permanencia del momento presente. Las tendencias actuales pueden prolongarse hacia el futuro, sí; pero también pueden no continuar o incluso replegarse. Aún más, la misma historia sugiere como improbable que estas tendencias se prolonguen. Cuando se hace el inventario de las ideologías que aparentemente se habían consolidado, el resultado es esclarecedor: casi nunca prevalecen. Si se tiene en cuenta los límites de la clarividencia humana, las previsiones concernientes al fin de la historia deben verse con una fuerte dosis de escepticismo. Por otra parte, este tipo de esquemas teóricos tienden a ignorar la debilidad e irracionalidad de la naturaleza humana. Detrás de todo esto hay el

postulado de que, como es racional que los seres humanos se pongan a trabajar por un supuesto bienestar económico, lo harán. Pero es evidente que los hombres no sólo buscan eso.

El marxismo fracasó, sí, pero no tanto por el ascenso del liberalismo, sino porque los trabajadores no se unieron, porque la producción social resultó ser ineficiente, porque la estatización resultó ineficaz, razones todas ellas ajenas al desenvolvimiento de las sociedades capitalistas: el fracaso fue interno.

El liberalismo no es, de ninguna manera, el fin de la política en los quehaceres humanos ni al interior del Estado. Un orden internacional demoliberal puede ser menos violento y tal vez menos jerarquizado, por no por ello el poder dejará de existir, tomando formas nuevas, definiendo estratos más complejos. En consecuencia, los fuertes continuarán haciendo lo que puedan, y los débiles intentarán hacer lo que deben.

Yo me resisto a creer que se asiste al Fin de la Historia en el sentido de que el capitalismo transnacional va a dominar durante siglos y siglos, sin ningún problema realmente grave, y sin alternativa; que la deuda externa y el traslado de capital de unos países hacia otros no constituye una explotación; que las libres fuerzas del mercado van a resolver de manera natural todos los problemas económicos y sociales de la humanidad; que las conquistas sociales de las últimas décadas deben ser eliminadas, ya que el mercado resolverá por sí solo los problemas; que la democracia liberal va a ser la mediación eficaz para que los pueblos sean felices; que terminada la guerra fría, los pueblos occidentales se unirán para imponer el orden mundial sin más choques que los diplomáticos, y sin bloques que se enfrenten entre sí para dominar al mundo; que el fin de las ideologías implica el fin de la lucha de clases; que la desnacionalización y la privatización del mercado va a conducir a la democracia. Yo me resisto, a riesgo de parecer premoderno, a creer en todo esto.

No, en la historia puede haber derrotas totales, pero no hay nunca soluciones finales. Cada vez que los grupos dirigentes o sus ideólogos intentan hacernos creer que en sus sociedades todo es perfecto, y que los individuos que la forman han alcanzado la igualdad, es necesario acercarnos a la ya

vieja sospecha de Orwell en el sentido de que, en estas sociedades, ciertos individuos son más iguales que otros.

A todas estas cuestiones no hay en este momento respuestas claras ni, aún menos, definitivas. Lo que sí es de esperarse, es que la Historia misma desbaratará esta teoría del “Fin de la Historia”. La creación y las pasiones humanas vendrán pronto a poner en cuestión, a romper todos estos planes prematuros, aparentemente tan bien hilvanados. Cíclica o lineal, acelerada o no, la historia no es más hegeliana que marxista, ni más comtista que spengleriana., burlándose continuamente de los expertos, ella toma giros imprevisibles o inexplicables. No, la Historia no tiene un Fin, antes al contrario, no termina nunca de terminar.

Sin duda alguna, el desastre de la gran experiencia histórica, que debería de culminar con la abolición de la “explotación del hombre por el hombre”, tuvo repercusiones negativas sobre todos los movimientos que intentaron asociar la igualdad con la democracia y el progreso económico. La innegable crisis del pensamiento humanista actual fortalece, indirectamente, el tipo de creencias como la que analizamos aquí. No obstante, la búsqueda de una sociedad justa es una de las vertientes más sólidas dentro de cualquier pensamiento, religioso o filosófico, antiguo o moderno. Este tipo de postulados renacen con persistente continuidad, en las más variadas sociedades humanas. Afortunadamente, la búsqueda del ideal humanista está lejos de desaparecer, sea este universal o particular.

El occidente vive el triunfo, el Este se reconforta incorporándose al libre mercado y a la productividad. El Sur es más modesto: sólo lucha por sobrevivir. Esperar que la historia termine bien es humano; esperar sólo esto, no es realista; sacar conclusiones a partir de este postulado es desastroso. Ignoro si la historia tiene un fin, pero sí creo que es un deber de todo hombre responsable, vigilarla.